

DOMINGO SAVIO

Don Bosco dijo a Domingo Savio:

“ME PARECE QUE LA TELA ES BUENA”

También tú eres buena tela, ¿no es verdad? Por esto te sientes descontento y todo se te aparece de color negro después de haber faltado y de haber sido reprochado. Conoces que eres buena tela y que podrías ser mejor.

— ¿Qué te parece si te decidieras a santificarte?

— ¿Quién? ¿Yo?

— ¡Sí, tú! Si te preguntaran qué significa ser santo, temo que responderías equivocadamente. A ver: ¿qué significa ser santo?

También Domingo tenía una idea equivocada. Cuando surgió en su mente la idea de transformarse en un santo, experimentó desasosiego y anduvo varios días absorto y tristón.

Don Bosco lo puso en el buen camino, llenando su alma de alegría y felicidad, de la mañana a la noche, gozándose en la recreación, viviendo para Dios y no para sí. He aquí lo que significaba hacerse santo: vivir para Dios. Dios te llama a vivir para El. Esta es la manera de pensar bien; olvida, por ahora, la palabra “santo”.

¡Vivir para Dios y triunfar en tu interior! Pero el secreto no radica solamente en vencerte a ti mismo, sino también *en ayudar a tus compañeros a ser buenos, y a combatir su propia batalla. Este es el secreto que Don Bosco enseñó a Domingo.* No vivas para Dios tratando de ser bueno tú solo: debes empeñarte en ayudar también a tus compañeros. Observa cómo obró Domingo.

En estas páginas verás reflejada tu vida con tus tentaciones. Léelas y reléelas continuamente: no te arrepentirás. Una nueva vida se abrirá para ti. *La tela buena se convertirá “en traje para el Señor”.*

“Morir, mas no pecar”.

DOMINGO SAVIO

Traducción y arreglo de Roberto Terzaghi



1 Domingo nació el 2 de abril de 1842 en un pueblo cerca de Turín. Era el segundo de los diez hermanos de una familia de obreros. Su padre se desempeñaba como herrero. Domingo pasó una infancia normal, atendido solícitamente por su amorosa madre. Tuvo la inmensa fortuna de tener padres buenos. (¿Has agradecido alguna vez al Señor los continuos cuidados que te proporcionan tus padres?).

2 Domingo aprendió a rezar en las rodillas de su madre. Pero no sólo aprendió a rezar, sino también a *amar la oración*. Esto es de vital importancia en la vida de un cristiano, porque, *¡lo que se ama se hace sin dificultad!*





3 Por esta razón, nunca hubo necesidad de empujarlo a la oración. Muy por el contrario, solo, espontáneamente se apartaba de los demás y se concentraba en la plegaria. (Pídele al Señor que te haga amar la oración como la amó Dominguito).

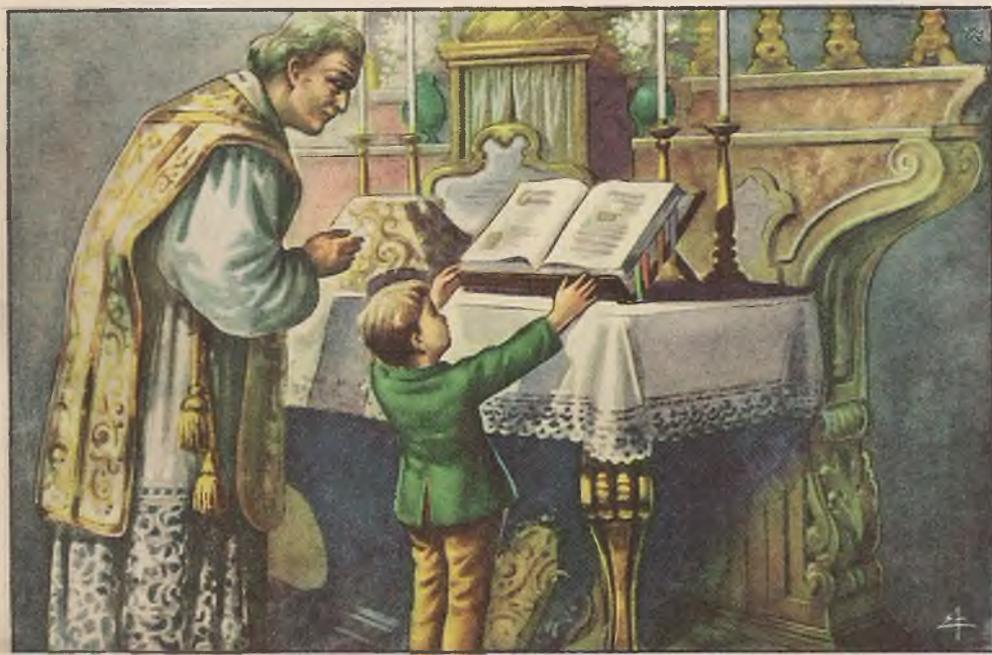
4 Domingo creció como has crecido tú, ansioso de ser levantado en vilo por su papá. Cuando el padre regresaba de su diario quehacer, corríale al encuentro, le narraba vivamente lo que había hecho durante el día y jugaba afectuosamente con él. Alcanzábale luego las pantuflas y le aseguraba que lo había recordado en la oración.





5 Cuando creció, anhelaba ayudar la Santa Misa todos los días. Si, al llegar a la iglesia, las puertas estaban cerradas, arrodillábase en la nieve y aguardaba rezando. Le agradaba rezar, y experimentaba la necesidad de comunicarse con el Señor y su Santísima Madre. Con ellos se sentía fuerte para desbaratar las tentaciones y el pecado.

6 Domingo quería hacer las cosas por sí mismo. Cuando servía Misa deseaba que nadie le ayudase a trasladar el misal de una parte a otra del altar, a pesar de que, por su corta estatura, debía ponerse en puntas de pie. El comprensivo párroco lo dejaba obrar...





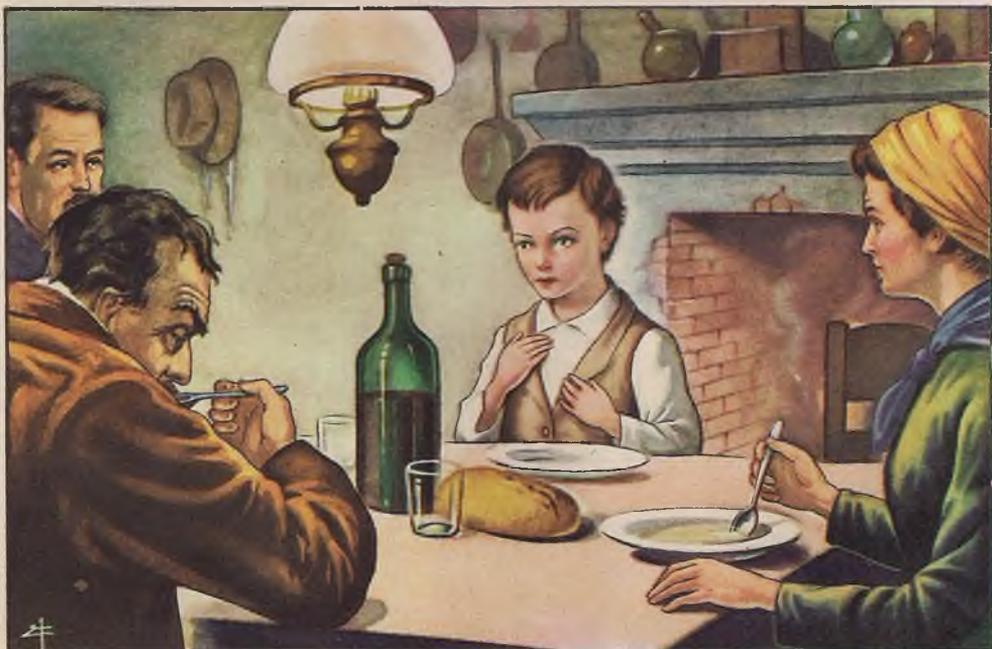
7 Cuando se trasladaba el Santísimo Sacramento en forma procesional desde la parroquia a la casa de algún enfermo que lo recibía como Viático, a Domingo le encantaba llevar la vela encendida o tocar pausadamente la campanilla. El párroco estaba seguro que para esas ocasiones Domingo no fallaba. Siempre se podía contar con él.

8 Cierta día un forastero fue invitado a almorzar en la casa de Domingo. El buen hombre se sentó a la mesa y sin más se puso a comer. Dominguito se levantó, y se alejó, llevándose su plato.

— Ven, Domingo, almuerza con nosotros — le dijo su padre.

Mas, él no respondió. Cuando el forastero se alejó, el niño dijo:

— No me agrada sentarme a la misma mesa con un hombre que se alimenta como los animales.



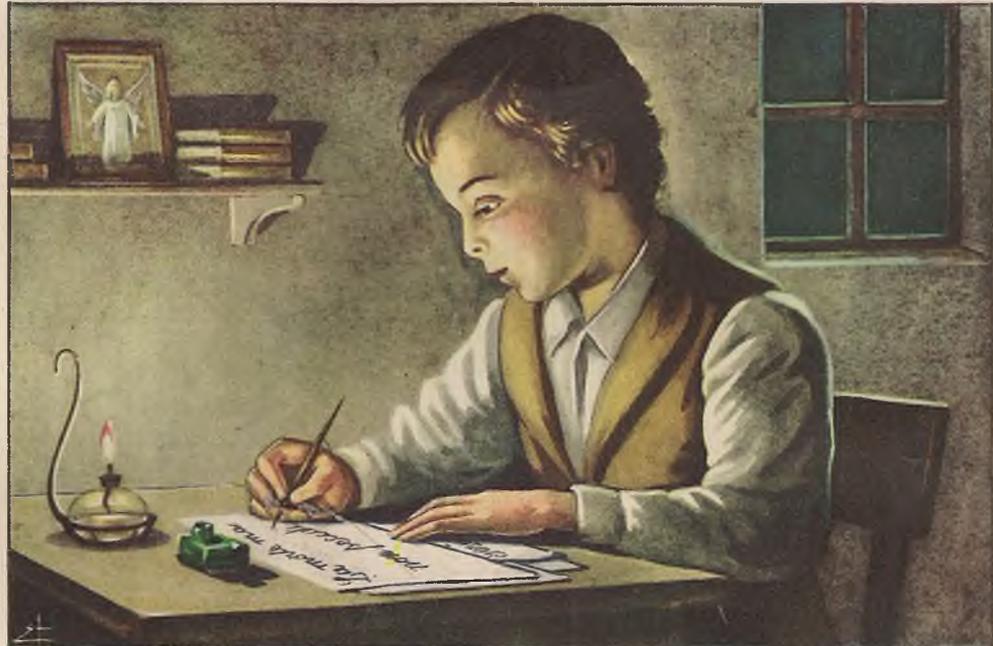


9 En aquellos tiempos, nadie recibía la primera comunión antes de los trece años. Domingo insistió y consiguió recibirla a los siete. Y comprendió que, desde ese momento, debía mejorar su vida. Por esto, la noche antes de la primera comunión, le dijo a su mamá:

— “Me apena no haberme portado bien alguna vez; te prometo que seré mejor y que te ayudaré más que antes...”.

10 En su Primera Comunión, Domingo tuvo la fortuna de comprender exactamente lo que significa la Comunión, esto es: *Si recibimos al Señor, debemos demostrarlo durante todo el día en la manera de vivir y de comportarse.* Este pensamiento predominaba en su mente.



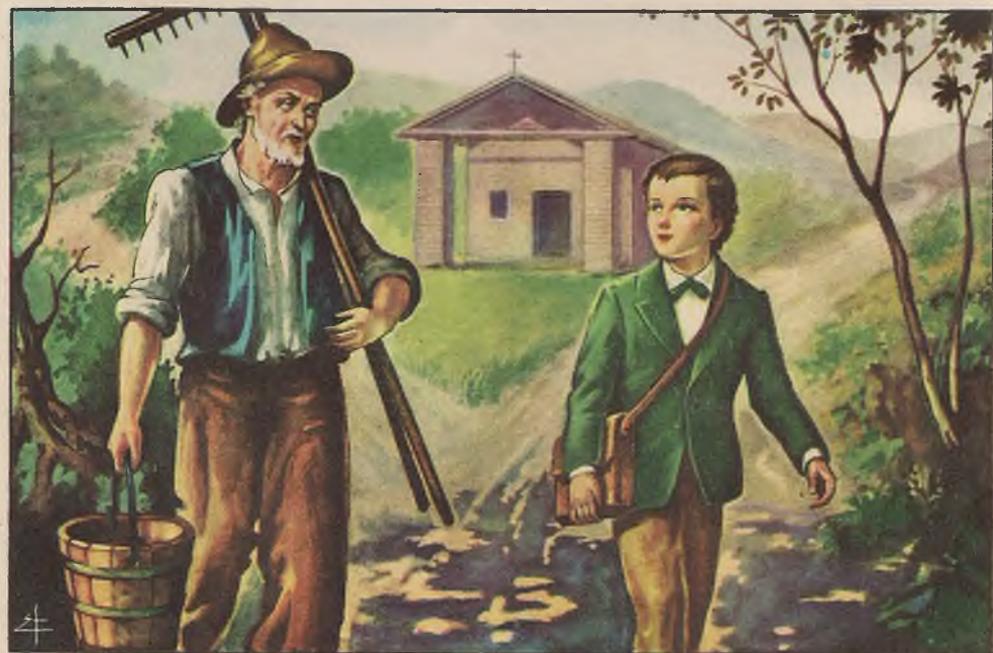


11 En la noche de su Primera Comunión se refugió en su soledad y escribió cuatro promesas a Jesús y a María. Se resumen en estas palabras: 1) Confesaré y comulgaré con frecuencia. 2) Mis amigos serán Jesús y María. 3) A ellos les dedicaré los domingos y días festivos. 4) ¡Morir, mas no pecar!

12 Debíó cambiar de escuela. Esto significaba trillar todos los días quince kilómetros entre ir y venir. No lo acobardaban ni la distancia, ni el frío ni la oscura soledad.

— ¿No temes ir solo por la oscuridad?

— No — respondía Domingo — siempre me acompaña el Angel Custodio.





13 Un día de ardiente calor, un amigo díjole, cuando volvía de la escuela:

— ¿Vamos a bañarnos en el arroyo?

— No, — respondió sereno pero firmemente — me voy a casa.

Y siguió su camino. El ya se había bañado una vez en el arroyo pero, ante la advertencia de su mamá de que podía correr peligros para el alma y el cuerpo, prometió no hacerlo más. "Morir, mas no pecar".

14 Dice el proverbio: "Cuando falta el gato los ratones bailan"... ¿Y qué hacen en la escuela los alumnos cuando falta el maestro?

En una de esas oportunidades, dos alumnos resolvieron taponar la estufa con piedras y nieve... Eran dos alumnos que ya habían sido castigados con repetidas sanciones disciplinarias... De pescarlos en esta, serían expulsados de la escuela.

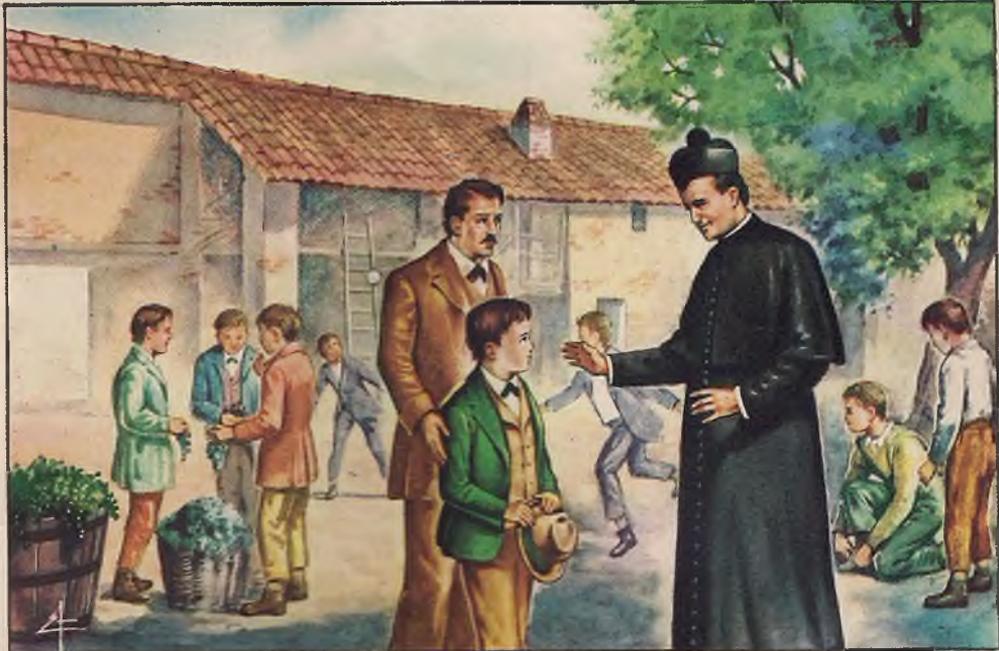




15 Al llegar, el maestro quiso a toda costa saber quiénes habían sido los culpables. Estos, para librarse, acusaron al pequeño Domingo... Domingo no dijo esta boca es mía, inclinó su cabeza sobre el pecho... Parecía el verdadero culpable. El maestro lo reprendió severamente y amenazó castigarlo.

16 Más tarde se supo la verdad. Entonces el maestro le preguntó:
— ¿Por qué no me dijiste que eras inocente?
— "Porque sabía que los culpables serían expulsados y pensé salvarlos; también pensé en Jesús: El fue falsamente acusado y guardó silencio..." (Recibir al Señor en la Comunión significa que hay que obrar como El, ¿recuerdas?).

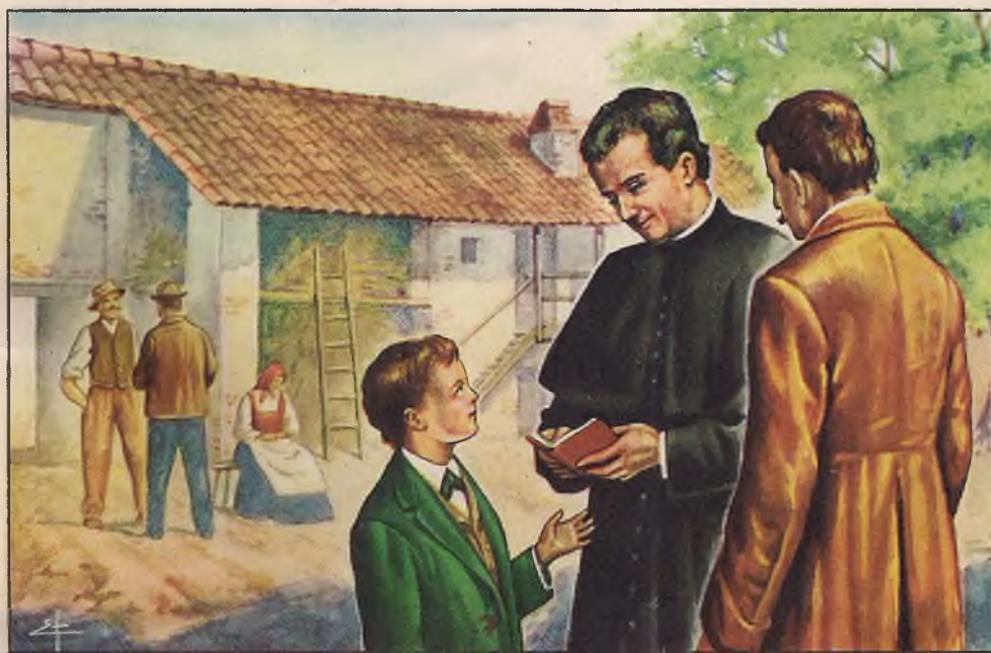


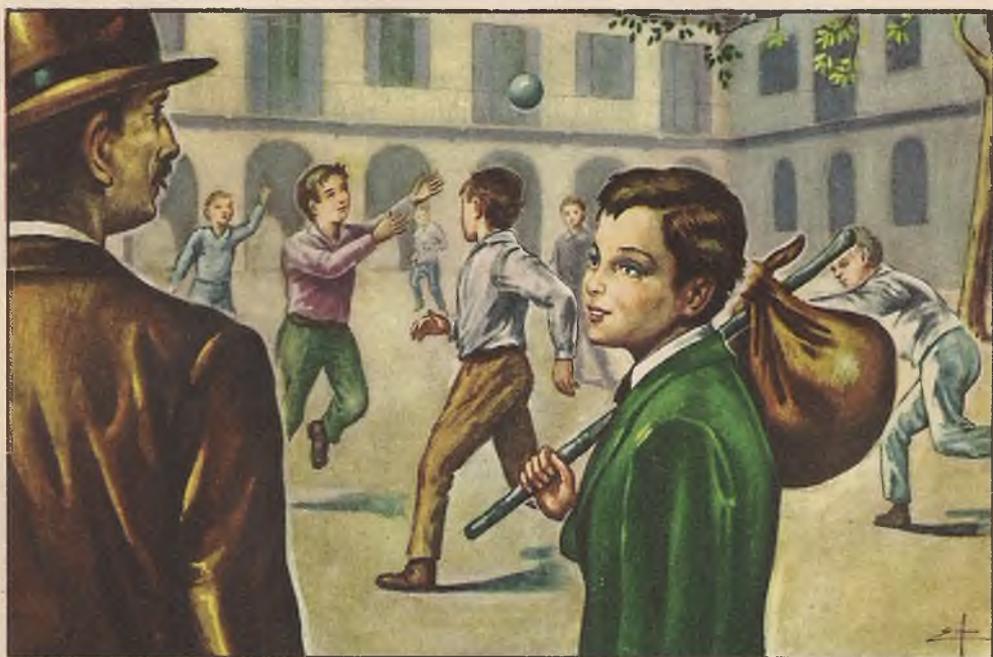


17 El párroco de Domingo escribió a Don Bosco diciéndole que un muchachito de su parroquia anhelaba hacerse sacerdote. Don Bosco concertó inmediatamente una entrevista con el candidato, en Becchi, en donde se hallaba transitoriamente con algunos alumnos del Oratorio. Celebraban la fiesta de la Virgen del Rosario. Domingo y su padre fueron puntuales a la cita.

18 Don Bosco quedó gratamente impresionado del niño y le entregó un librito, diciéndole: — Aprende de memoria esta página y retorna mañana para recitármela.

A los diez minutos Domingo se hallaba de nuevo junto a Don Bosco. Había aprendido ya lo asignado. Lo recitó y lo explicó a perfección. Don Bosco lo aceptó como alumno.



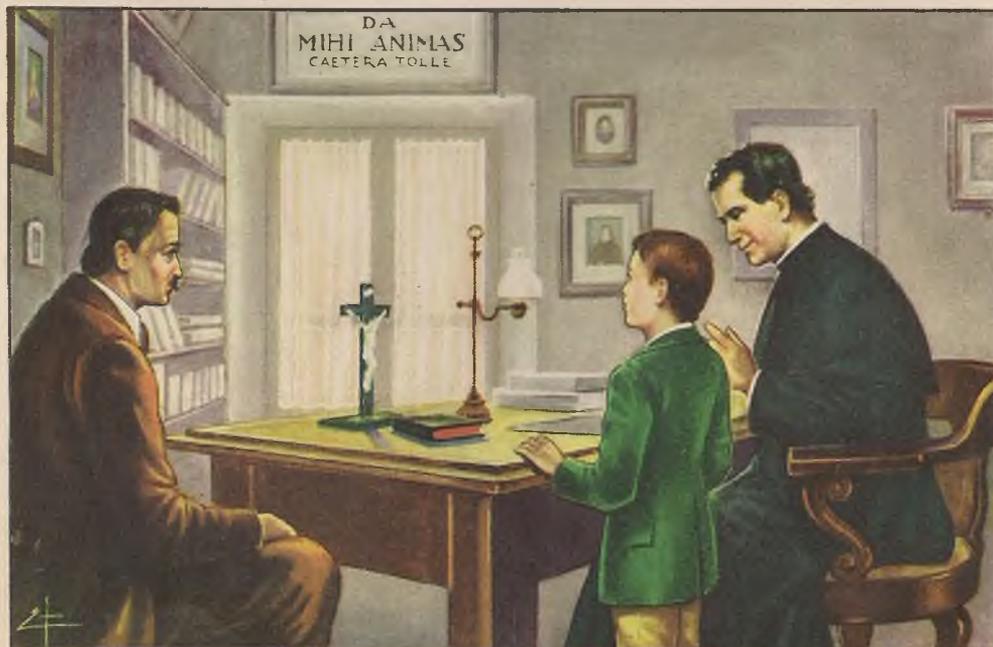


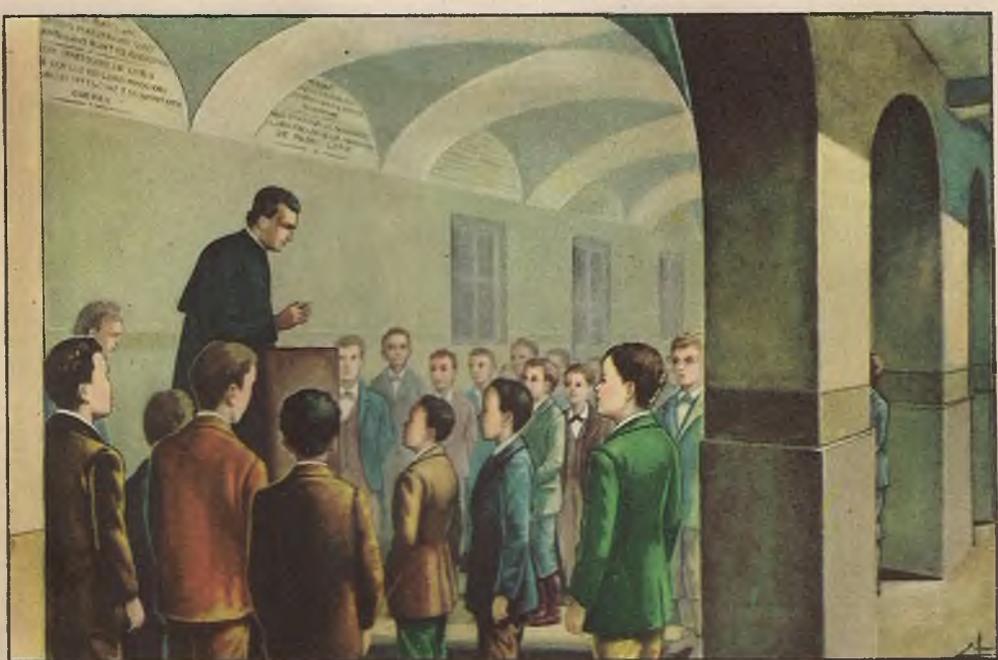
19 Llegó al Oratorio con su humilde fardillo de ropas al hombro. Ciertamente, le costó el desapegarse de sus padres y hermanos, pero demostró fortaleza y ánimo dispuesto, recordando que también el Señor se había separado de María y José para cumplir con la misión del Padre.

20 Domingo había acudido al Oratorio para aprender. Por esto inmediatamente quiso saber qué significaban esas palabras "Da mihi ánimas, coëtera tolle" escritas sobre la puerta de! escritorio de Don Bosco. El Padre le explicó:

— Significan, "Dadme almas y quedaos con lo demás".

— Comprendo — dijo él — aquí el negocio es de almas y no de dinero: quiero que toméis también mi alma.





21 Cierta día dijo Don Bosco a sus muchachos:
 — Hoy les diré tres cosas: 1) Dios quiere que cada uno de ustedes se haga santo;
 2) Es fácil serlo; 3) Dios promete un gran premio en el cielo a los que se deciden seriamente.
 Estas palabras hallaron nido en el corazón de Domingo.

22 Algunos días anduvo apartado y triste. Don Bosco lo llamó.
 — ¿No te sientes bien?
 — Estoy muy bien, pero comprendo que debo hacerme santo... ¿Quisiera decirme qué debo hacer?
 — Ayuda a tus compañeros a que se hagan mejores; impide el mal; vive entre ellos como un guía del bien, y esto te transformará en santo.





23 Y Domingo empezó. Por ejemplo: Comenzaba a jugar con un niño que no era tan bueno. En lo mejor del juego, le decía sorprendidamente:

— El Sábado me confesaré, ¿me acompañarás?

— Sí, sí — respondía el muchacho sin darle mayor importancia. Sigamos jugando.

24 Al llegar al sábado, Domingo decía: — Ven, me voy a confesar.

— Pero, yo, tú sabes...

— Vamos. Lo prometido es deuda.

Y lo acompañaba al confesionario de Don Bosco. Allí todo se solucionaba. El ponía la carnada en el anzuelo; Don Bosco pescaba.





25 Siempre estaba dispuesto a dejar el juego si se presentaba la ocasión de realizar el bien. Si descubría a un recién llegado que andaba triste y melancólico, se le hacía el encontradizo, entablaba amistad con él, invitábalo a jugar y le añadía con una encantadora sonrisa:

— ¡Aquí nos hacemos buenos estando siempre alegres!

26 Su acción bienhechora se extendía también a los enfermos, por los cuales experimentaba especial predilección. Domingo los visitaba en la enfermería, se entretenía agradablemente con ellos, les proporcionaba libros y los animaba a ofrecer sus malestares al Señor y a tomar los medicamentos aunque fuesen amargos...





27 Cierta día irrumpió en un grupo de compañeros que miraban unos impresos pornográficos, se los arrebató de entre las manos y, destrozándolos, exclamó:

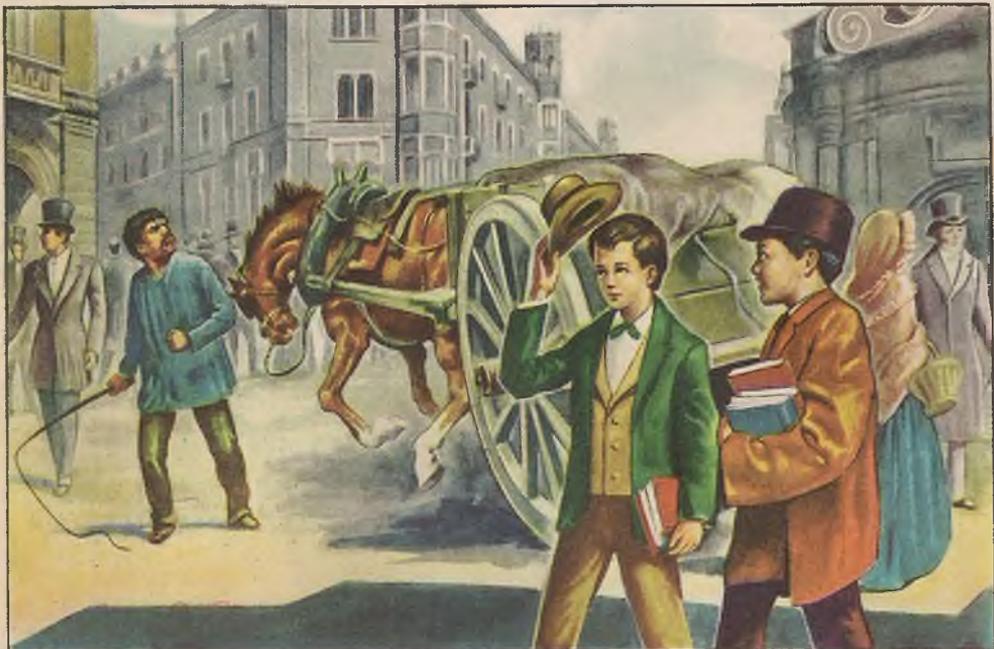
— ¿Acaso tenemos los ojos para mirar estas porquerías, comprometiendo así nuestra salvación?

28 Otro día un cierto elegante señor se puso a conversar con un grupo de muchachos. Primeramente habló de viajes, luego atacó a la Iglesia y a los sacerdotes. De pronto llegó Domingo:

— ¿Por qué lo escuchan? ¡Vámonos! ¡Vámonos!

Y los muchachos se retiraron con Domingo.





29 Como Don Bosco en esos tiempos carecía de colaboradores, debía enviar a sus muchachos a las escuelas de la ciudad. Sucedió que por la calle se escuchaban, a veces, palabrotas de grueso calibre, como por ejemplo, las de aquel carretero que, al castigar a su caballo, blasfemaba horriblemente. Comprendiendo Domingo que de nada hubiera valido intervenir porque el hombre estaba enfurecido, se quitó el sombrero y recitó una oración como desagravio.

30 En una oportunidad se acercó a un señor que había blasfemado, y le preguntó:
— ¿Podría usted decirme en dónde se halla el Oratorio?
— Lamento, pero no sé...
— Entonces, ¿podría hacerme otro favor?
— ¡Ciertamente!
— Cuando se enoja, ¿no podría evitar las blasfemias?
— Hmm... ¡caramba! Te prometo que trataré de corregirme.





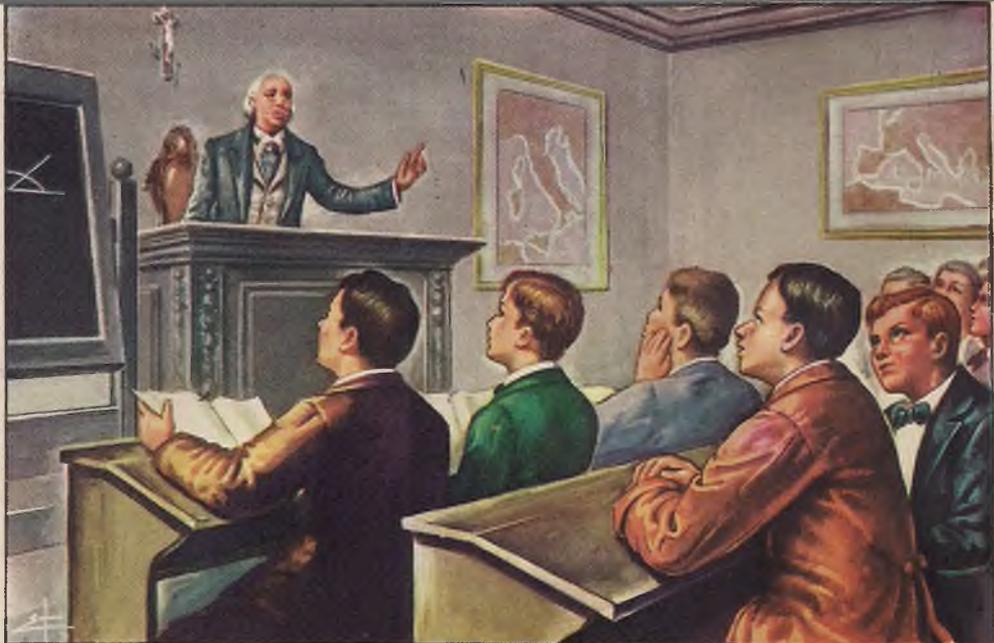
31 Sin embargo, la tentación le rozó cierta vez. Ya estaba por decidirse. Se trataba de "hacerse la rabona" e ir a contemplar los kioscos carnavalescos. Los compañeros lo habían incitado. De pronto, frenó su curiosidad y exclamó:

— Compañeros: El deber me llama a la escuela y ¡allá voy! No hagamos lo que desagrada a Dios y a los superiores.

Su ejemplo fue eficaz. También los otros le siguieron, rumbo a la escuela.

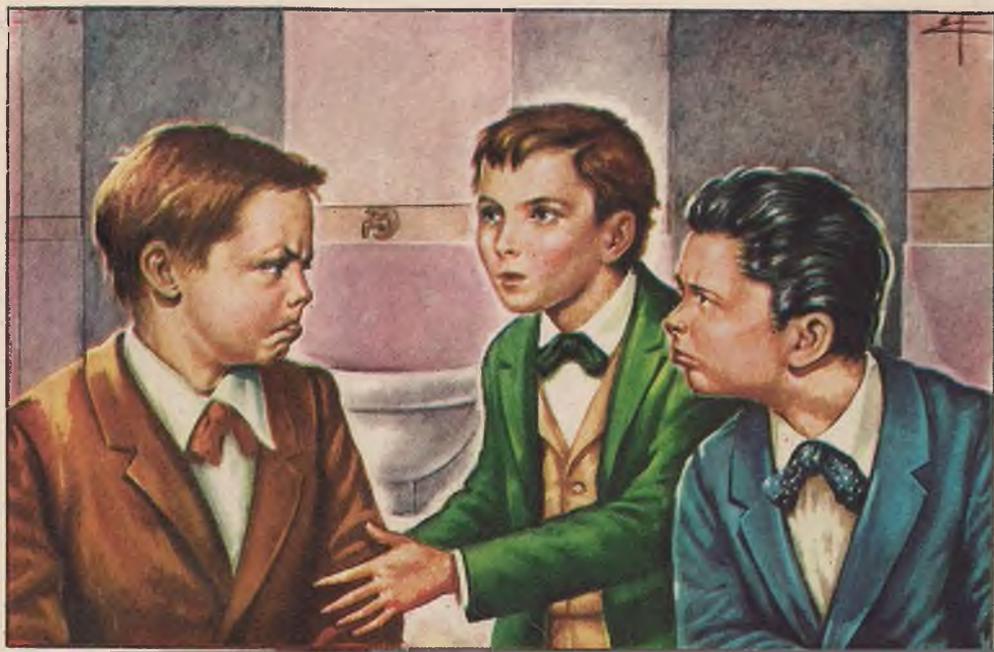
32 Pasa un sacerdote que lleva el Santísimo. El suelo se halla humedecido por la reciente lluvia, pero Domingo se arrodilla lo mismo, adorando al Rey de reyes. A su lado, un militar permanece de pie. Teme mancharse el uniforme. Domingo, premuroso, extiende su blanco pañuelo, le hace una indicación al militar, quien se arrodilla también.





33 La escuela que frecuentaba Domingo estaba destinada a hijos de familias ricas y nobles. Si bien es cierto que Domingo provenía de una familia de obreros, se desenvolvía cómodamente entre sus compañeros y tenía ascendiente sobre ellos. La auténtica nobleza no nace de la posesión de tierras y dinero sino de lo que se lleva adentro, en el corazón.

34 Dos compañeros de escuela se disgustan. Se endilgan insultos que causan horror. Y no satisfechos aún, resuelven poner fin al asunto con un duelo a pedradas... hasta que uno de los dos caiga herido. Domingo no puede permanecer indiferente, y escogita los medios para evitar esa ofensa al Señor. Les habla, razonándoles. No consigue disuadirlos. Por lo menos logra que le dejen presenciar el lance.





35 Todo está preparado para el singular duelo. De pronto Domingo extrae su crucifijo y se acerca al más airado:

— ¡Arroja la piedra sobre mí!

— ¡Nunca!

— Arrójala tú — dijo al otro contendiente.

— ¡Jamás haré eso!

— No me apedreáis porque soy vuestro amigo. ¡Más amigo es el Señor y vosotros lo ofendéis de esta manera! ¡El murió por vosotros!

Los dos furibundos se apaciguaron.

36 Cuando Domingo iba a pasar vacaciones a su pueblo, todos se alegraban. Los niños tenían en él a un simpático amigo que los alegraba y les narraba anécdotas. Las mamás notaban que todos los que se le acercaban se hacían mejores.

Sus padres lo contemplaban dispuesto a todos los trabajos.

Era la alegría personificada y la bondad hecha niño.





37 Imitaba a Don Bosco en atraerlos con regalos para poder obrar el bien. Alguna vez alzaba un caramelo o una fruta y gritaba:
 — ¿Quién la quiere?
 — ¡Yo... Yo!
 — Bien: Se la dará a quien me responda mejor a esta pregunta del Catecismo.
 En esta forma, les hacía repasar o aprender las verdades de nuestra fe.

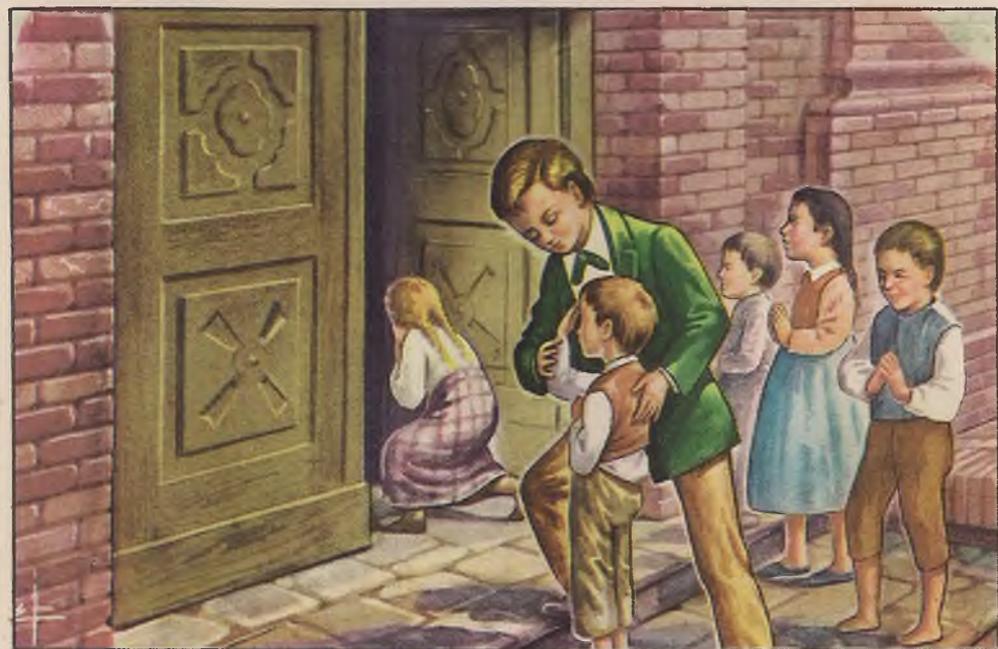
38 La señal de la Cruz es la señal del cristiano. Pero a veces, se la desfigura de tal manera que parece un gesto para espantar moscas. Domingo se preocupaba en enseñársela bien a sus amigos del pueblo. También les hacía hacer con devoción la genuflexión, les corregía las posturas en la iglesia y en todo les servía de ejemplo.





39 ¡Qué partidos solía organizar! Pero, cuando después del juego se sentaban para descansar, Domingo les leía algún buen libro, y luego, entre todos, comentaban lo leído. De esta manera pasaban las horas entretenidos, los peligros se alejaban y el demonio... ¡se quedaba con tres cuartas de narices!

40 Domingo no se daba aires de suficiencia... Le agradaba estar con los pequeños. Para él resultaba una alegría el poder conducirlos a la iglesia y enseñarles a conversar con Jesús Sacramentado con toda confianza. El les decía que el Señor está en el altar a nuestra disposición.

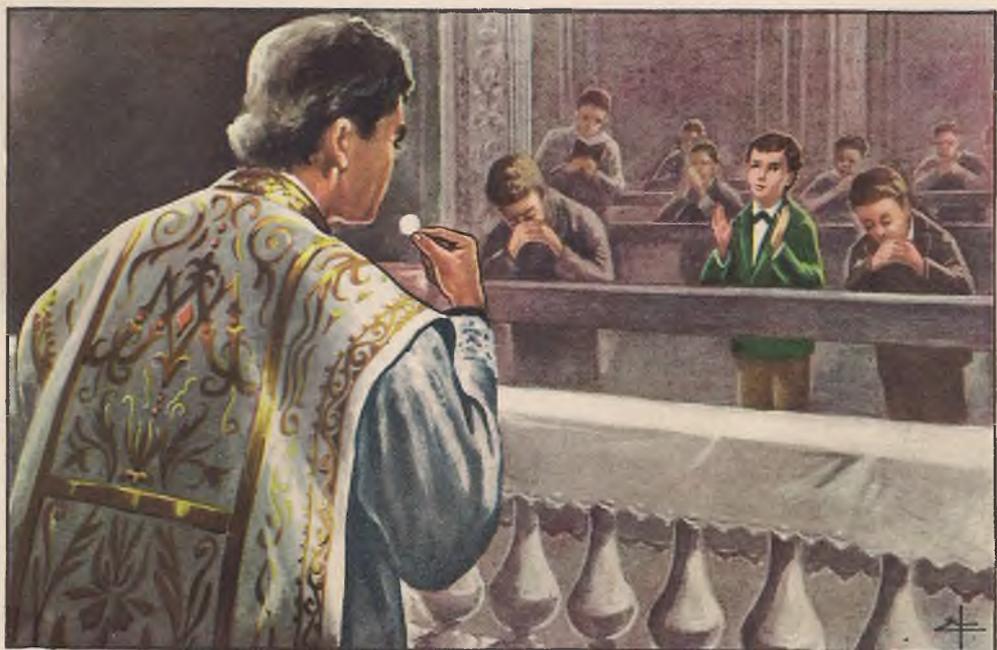




41 Al regresar de las vacaciones, reunió a sus mejores compañeros y les propuso constituir un grupo que colaborase silenciosa y eficazmente en la buena marcha del Colegio. Denominó a ese grupo "Compañía de la Inmaculada", cuyo reglamento redactó. Don Bosco aprobó la idea y el reglamento. El bien obrado por esta compañía ha sido incalculable.

42 En tiempos de Domingo, la Comunión cotidiana era algo desconocido. Aun las religiosas y los clérigos se acercaban a comulgar una vez a la semana.

Don Bosco, por el contrario, los animaba a vivir la vida del Señor, acercándolos al comulgatorio todos los días. Así lo hizo siempre Domingo Savio.





43 Durante la recreación solía visitar al Señor Sacramentado y a su Santísima Madre. Invitaba a algún amigo a que lo acompañara.
— Pero... ¡hace frío en la iglesia!
— Bah, toma mi capa: ¡ya verás qué calentita es!
Y los dos se encaminaban al templo.

44 Don Bosco dirigía también un oratorio para jóvenes obreros. Estos muchachos conocían muy poco la religión. Domingo Savio se la enseñaba admirablemente a base de narraciones y episodios tan interesantes que aquellos muchachos aguardaban el momento de las lecciones. Y todos eran mayores que él.





45 No hay que pensar que a Domingo le salía todo a pedir de boca. Había prometido a la Virgen narrar todos los días un hecho en su honor. Algunos compañeros lo despreciaron y se mofaron de él. No se inmutó por ello, y los dejó obrar tranquilamente. *No temía recibir humillaciones.*

46 Domingo no era un deportista nato, pero a base de esfuerzos resultó ser excelente. Se preocupaba más en divertir a sus compañeros que ganar los partidos. Los incitaba a no desanimarse si la suerte se le mostraba adversa. — ¡Arriba, muchachos! — decía — ¡Vamos de nuevo! ¡A la carga! ¡No está muerto quien pelea!...





47 Una vez le sucedió un contratiempo inesperado. Don Bosco había ordenado que no llevaran proyectiles de nieve a la clase. Pero uno de los alumnos desobedeció. Domingo trató de corregirlo.

— No te metas en lo que no te importa — le dijo, al mismo tiempo que le asestaba una sonora bofetada.

Domingo se puso rojo, pero se refrenó. (¿Recuerdas? La Comunión debe influir en todas las acciones del día).

48 Domingo ayudaba frecuentemente al viejito que atendía el refectorio. En muchas oportunidades recogía el pan que había sobrado y se lo guardaba para la próxima refección. Si alguien se extrañaba por ello, decía sonriendo:

— Es regla de buena conducta partir el pan antes de comerlo; si ya está partido, ¡menos trabajo!





49 Un gran deseo de hacer penitencia lo llevó a colocar piedrecillas y trozos de madera en la cama para mortificar su reposo. Este hecho fue descubierto para su confusión. Don Bosco no permitía que se realizaran penitencias de esa clase. Domingo no las volvió a repetir.

50 Domingo estaba en cama con gripe. Era de invierno y hacía mucho frío. Sin embargo lo halló protegido con un solo cubrecama.

— ¿Cómo? ¿Quieres morirte de frío?

— No, Don Bosco, pero debo hacer penitencia.

— Escúchame — le dijo el Padre. — Estas penitencias no son para tí. Las tuyas deben ser: sufrir las contrariedades y los pequeños sinsabores que todos los días te manda el Señor.





51 Domingo aprendió la lección. Desde ese día se mortificó esforzándose en estar siempre alegre, en ser solícito en ayudar a los demás, ya sea al llevar la leña para la cocina de Mamá Margarita, o en hacerle algunos trabajitos. Otras penitencias fueron: no lamentarse por las comidas si no le agradaban, levantarse prontamente de la cama y otras semejantes.

52 Un día, después del almuerzo, Don Bosco lo halló detrás del altar mayor, de pie, con los labios balbucientes como si estuviera dialogando con alguien. Estaba allí desde que había concluido la temprana Misa. (Esto no es natural, dirás Tú. Era natural para él, porque Jesús constituía su centro de atracción. Así como te sientes atraído por tus diversiones favoritas, Domingo se sentía atraído por el Señor).





53 Un día acudió Domingo a la puerta de una casa e hizo sonar el llamador:

— ¿Hay algún enfermo por aquí?

— Nadie — respondió el hombre que lo atendió.

— ¿Está usted seguro?

— Ciertamente.

Ante la insistencia de Domingo revisaron la casa y hallaron a una pobre moribunda en el desván. Llamaron rápidamente a un sacerdote. La enferma, después de recibir los sacramentos, murió.

54 Una noche corrió al cuarto de Don Bosco y dijo:

— ¡Venga, Padre, venga pronto!

Domingo lo condujo a través de las callejuelas hasta una casa. Llamó. Abrió una mujer.

— ¡Un sacerdote! ¡Dios sea bendito! Mi marido está por morir! y hace más de treinta años que no va a la iglesia.

Ni bien hubo concluido de confesarse, aquel señor entregó su alma a Dios.

¿Cómo llegaba a conocer estas cosas?





55 Y tuvo "una distracción", después de la comunión.

— Me pareció hallarme en una tierra extraña. Por la densa neblina no veía nada. De pronto divisé al Santo Padre que avanzaba con una antorcha encendida en la mano. La escena se iluminó, y aparecieron magníficos edificios, por un lado, y una verde campiña, por otro. Esta llama es la fe católica que no tardará en llegar a Inglaterra.

56 Domingo enfermó y debió guardar cama. Don Bosco llamó a dos doctores. Los dos aconsejaron que se marchara a su pueblo natal para poder restablecerse perfectamente.

— ¿Qué enfermedad tiene? — preguntó Don Bosco.
— Veá, Padre: ¡Su cuerpo no puede resistir esa llama que arde en su alma!





57 Domingo no quería ir a su casa, porque sabía que iba a morir. Y él deseaba que Don Bosco estuviera a su lado en esos momentos decisivos. Pero, cuando se le dijo que debía obedecer, partió lleno de alegrías.

— Adiós a todos — dijo — ¡Y rezad por mí! ¡Os espero en el Paraíso!

58 Al llegar, tuvo que guardar cama inmediatamente. Vino el doctor y le practicó una sangría: de nada le sirvió. Domingo aceptó de buen ánimo el dolor que experimentó. Cuando se hubo retirado el médico, dijo a su padre:

— Papá, llama al párroco; quiero recibir la Comunión por última vez.





59 Comulgó Domingo con gran devoción. También recibió la Santa Unción. El día de la primera comunión había sido grande para él: fue el día que decidió su existencia. Este último encuentro con el Señor, si bien exteriormente más modesto, sería para él más decisivo aún: ¡dentro de unas horas entraría en el Cielo!

60 Cuando se retiró el sacerdote, dijo: — Papá: léeme en "La Juventud Instruida" las oraciones para obtener una buena muerte. El padre obedeció con lágrimas en los ojos. Mientras su padre leía, él de pronto exclamó: — ¡Oh, qué cosa tan hermosa estoy viéndol! Y su alma se separó del cuerpo para recibir el premio del Señor. Era el 9 de marzo de 1857. Tenía 14 años y 11 meses.





61 Un mes después, una refulgente luz despertó al padre de Domingo. Allí se hallaba su hijo gozoso.

— ¿Eres tú, Domingo?

— Sí, papá.

— ¿Dónde te hallas?

— ¡En el cielo y muy feliz!

— Ruega por todos nosotros para que un día nos reunamos contigo...

62 Algunos años después, Don Bosco soñó que Domingo marchaba al frente de una larga fila de muchachos, llenos de esplendor y gozo. Domingo le entregó un ramo de flores.

— Trabaja para que todos tus alumnos las cultiven. La rosa de la caridad, la violeta de la humildad, el lirio de la pureza...

— ¿Qué es lo que más te ha consolado en el instante de la muerte?

— La protección de María Santísima. ¡Diles a todos los muchachos que la amen mucho!





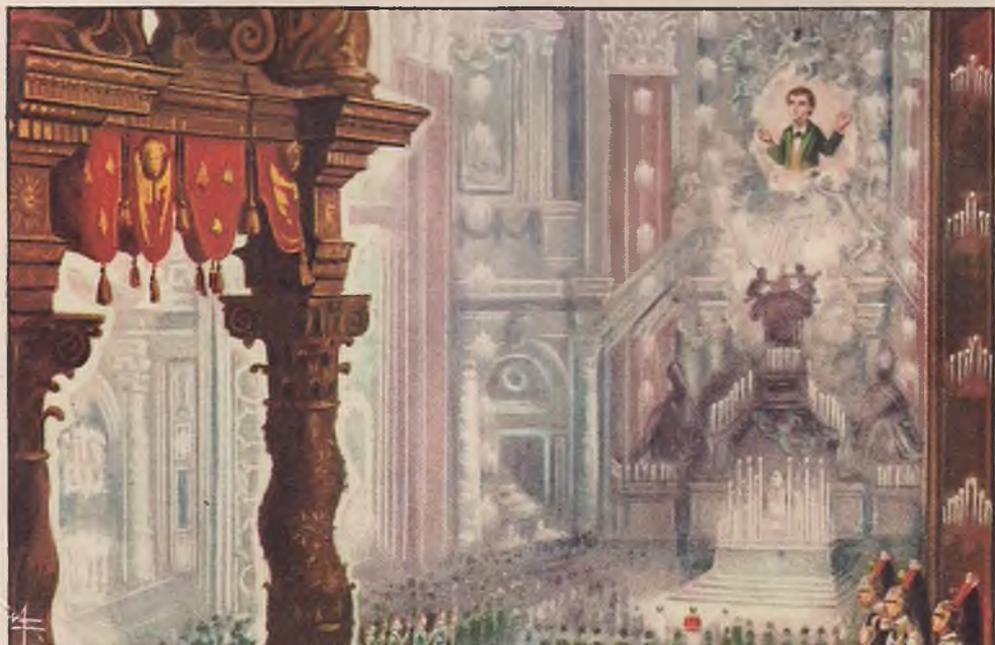
63 He aquí uno de los milagros de su beatificación. Un niño de siete años había sido desahuciado por el médico. Este ya había extendido el certificado de defunción. Al encomendarlo a Domingo, se curó completa e inmediatamente. (¡Sin embargo Domingo se encuentra más dispuesto a salvar a los muchachos de la muerte espiritual! ¡Encomiéndate a él!).

64 En 1950 tuvo lugar su beatificación en San Pedro de Roma.

En 1954 — año mariano — fue solemnemente canonizado. Fue como un regalo de la Madre para todos los muchachos. La promesa de Don Bosco se cumplió:

— Ayuda a tus compañeros a volverse mejores; impide el mal, vive entre ellos como un guía del bien, y esto te transformará en santo.

El había escogido un lema y lo cumplió. Imítalo: "¡Morir, mas no pecar!"



La juventud moderna necesitaba un modelo: la Iglesia se lo dio en Domingo Savio.

Muchacho alegre que tenía su cabeza puesta en la altura, pero que asentaba reciamente sus pies en la tierra.

Santo de una santidad práctica, asequible y sencilla. ¡Santidad evangélica, de amor y alegría!

Domingo Savio más con su vida que con sus palabras, nos trae la “buena nueva” del Reino del Señor.

El que sigue sus pisadas, se encamina a la Casa del Padre. Domingo lleva a Dios.

Su lema “Morir mas no pecar”, es una orden para sus imitadores.

¡A obedecerle, pues!



Impreso en las Escuelas Gráficas del Colegio San José - Rosario (R. A.)